

iban á estrechar la mano aquellos monarcas del continente, que habían restablecido la casa de Borbón en el trono y que ya veían poner en duda sus servicios? Estas eran las preguntas que todo el mundo se hacía. A juzgar por la actitud y las primeras palabras de Luis XVIII, se hubieran inclinado á considerarle como el más altivo, el más orgulloso, el menos prudente de los emigrados. Con efecto, las palabras que había dirigido al príncipe regente inquietaban demasiado á los hombres que habían prestado su apoyo á la última revolución, habían desagradablemente afectado al ejército, que detestaba á la Inglaterra más que á ninguna otra potencia, y disgustaban á los mismos soberanos que no convenían en que la Inglaterra lo hubiese hecho todo y hubiese desempeñado un papel semejante al de la Providencia en los últimos acontecimientos. Y sin embargo, hubieran sido injustos con Luis XVIII si le hubieran juzgado por la impresión de sus primeras manifestaciones.

El efecto que desde luego producía en los que ya conocían al conde de Artois era el de hacer notar que había gran diferencia entre los dos hermanos. Todo lo que el conde de Artois tenía de gracia y elegancia en su figura esbelta y airosa, lo tenía el conde de Provenza, convertido en Luis XVIII, de torpeza y pesadez. Molestado por una gordura incómoda siempre á los sesenta años (edad á la que se acercaba en 1814) y además gotoso, andaba con trabajo apoyado sobre un bastón. Llevaba una casaca azul con antiguas charreteras de general, un pequeño sombrero de forma inglesa y unas polainas de terciopelo encarnado que envolvían por completo sus vacilantes piernas. Pero sobre este cuerpo torpe y pesado se levantaba erguida y arrogante una cabeza bella y despejada, aunque un poco ancha, diferenciándose de las de los Borbones en que la nariz era poco aguileña, y sobre todo en que poseía una mirada viva y dominante, que hubiera podido convenir á un hombre de genio y de gran distinción. Todo lo que había de movilidad y de afabilidad en la actitud del conde de Artois, había de calma y altivez en la de Luis XVIII, y lo mismo que su persona se diferenciaba su inteligencia. Mientras que el conde de Artois, que aprovechándose de sus dotes personales había buscado y encontrado los placeres del mundo llevando una vida frívola en la corte de María Antonieta, después de la desgracia arrepentido, se había vuelto arreglado y no conservaba de su antigua manera de ser más que la bondad; Luis XVIII, por el contrario, privado de las cualidades físicas de su hermano, sólo había tratado de resarcirse consagrándose al estudio, y se aplicó á estudiar con el mayor ardor. Procuró poseer un talento juicioso y no logró más que un talento superficial; después mantuvo trato con los escritores de su tiempo, los de segundo orden por supuesto, porque los de primero, tales como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, hubieran comprometido con su amistad á un príncipe de la sangre; se dedicó á la filosofía, se ocupó hasta de la revolución, y después de la venida de los descontentos, sin arrepentirse como el conde de Artois, conservó en filosofía ideas poco religiosas, en política opiniones prudentes, y cuando su hermano caía en las exageraciones y las intrigas de la emigración, él había evitado las primeras por moderación natural, las segundas por su aversión á la actividad, y las unas y las otras por distinguirse de su segun-

do hermano, cuya conducta no aprobaba y al que no profesaba ningún afecto.

Careciendo de maldad de corazón, pero no de la de entendimiento, dispuesto siempre á burlarse de todo, un poco egoísta, buscando antes que nada el reposo que sus achaques le hacían indispensable, cuidándose menos del ejercicio que del principio de su autoridad con el que se enorgullecía más que ningún otro monarca del mundo, siempre pronto á delegarla en los que se inclinaban ante ella, detestando los negocios, desentendiéndose de ellos por consagrarse á sus autores favoritos que eran los latinos, á quienes citaba frecuentemente y muy á tiempo, claro ingenio coronado, en una palabra, y el más á propósito por lo que poseía y lo que le faltaba para desempeñar el papel poco activo de rey constitucional, papel al que los soberanos de Inglaterra se habían acostumbrado tan felizmente para ellos como para su país, Luis XVIII estaba libre tanto por sus defectos como por sus cualidades de caer en los excesos en que su hermano había estado amagado de caer. Tal era este príncipe, y de este modo es como debe en nuestro concepto presentarle la historia á las generaciones venideras.

Para conocer perfectamente á Luis XVIII, necesitamos hablar de un personaje que pasaba entonces por ejercer sobre el una gran influencia: este personaje era Mr. de Blacas. Los hombres abrumados de achaques físicos, sean ó no príncipes, tienen mucha más necesidad que los otros de amigos íntimos. Esta necesidad se aumenta cuando, como Luis XVIII que era viudo y no tenía hijos, carecen de familia; pero si además ocupan un trono, entonces tienen medio de formarse esta intimidad que necesitan con amigos asiduos, obsequiosos, sumisos, á los que algunas veces se llama favoritos y á los que con razón ó sin ella se hace responsables de los males del país. Luis XVIII había tenido mucho tiempo á su lado á Mr. de Avaray, pero á la muerte de éste lo reemplazó con Mr. de Blacas. Descendiente de una noble familia de Provenza, uno de los primeros emigrados, participe de todos los sentimientos de la emigración francesa y manifestando en vez de ardor una fría obstinación, hombre de bien, altivo, de elevada estatura, encogido de cuerpo y de carácter, con toda la condescendencia compatible con el espíritu de partido, más cuidadoso de dominar en el interior del príncipe que en el Estado, y profesando por otra parte como su señor gran aversión á los negocios y un gusto delicado por las artes, Mr. de Blacas podía ser en las manos de un primer ministro hábil, que hubiera querido amoldar la corte á los designios del gobierno, un instrumento precioso, porque él hubiera tenido el medio de hacer llegar al pie del trono la verdad que apreciaba, después de haberla podido comprender. Fuera lo que fuese, lo cierto es que después de haber saludado á Luis XVIII, Mr. de Blacas era el primero á quien los cortesanos de todos los regímenes se apresuraban á ofrecer su enfado y despreciable incienso.

Cuando Luis XVIII, que traía consigo á la duquesa de Angulema su sobrina, á la que daba el nombre de su hija, y á los dos Condé padre y abuelo del duque de Enghien, tratando así de presentarse rodeado de grandes víctimas de la revolución; cuando Luis XVIII, decimos, se acercó á Compiègne, la multitud de cortesanos. los

que no podían ser otra cosa y los que hubieran podido ser más, los mariscales por ejemplo, se precipitaron delante de él con una solicitud tan inaudita, que si se hubieran atrevido, y se lo hubiera consentido el príncipe, se hubieron arrojado á sus pies. Los mariscales confiaron á Berthier á causa de su edad, de su situación y su talento la misión de hablar en su nombre, y él, herido por los sucesos, y preocupado con el porvenir de sus hijos, aceptó este papel del que comprendía la inconveniencia en el fondo de su alma. Sin proferir una palabra ofensiva contra el gran hombre de cuya gloria había participado, pronunció las vulgaridades que se hallaban entonces en todas las bocas. «Los mariscales, representantes del ejército, acuden, dijo, ante un padre que la Francia ha tenido la desgracia de desconocer demasiado tiempo, pero al que vuelve sus ojos, ilustrada por la experiencia y el infortunio, con muestras de alegría, segura de encontrar con él el reposo, la prosperidad, la misma gloria de que ha gozado bajo el cetro de Enrique IV y de Luis XIV. Los jefes del ejército se apresuran á ofrecer á este padre su corazón y su espada, porque no habiendo pertenecido nunca más que á la Francia, se deben ante todo al soberano legítimo de esta Francia regenerada y restaurada.» Si este no es el mismo texto, es por lo menos el sentido de la arenga pronunciada por Berthier, sentido que es necesario reproducir porque era el de todos los discursos de aquella época.

Sabiendo el rey que los mariscales eran de todos los hombres de la revolución los que con más facilidad y utilidad podía lisonjear, endulzó con la más completa bondad todo lo que su posición y su carácter le habían dado de altanería. Les tendió su mano; les dijo que desde su destierro había aplaudido sus proezas; que estas proezas habían sido para su corazón paternal un consuelo de los males de la Francia; que era dichoso al encontrarlos los primeros al volver á la patria de sus antepasados; que quería su apoyo; que les traía la paz, precioso bien debido á su familia; pero que si esta paz llegaba á alterarse, á pesar de ser viejo y achacoso, marcharía á su cabeza bajo la bandera del antiguo honor francés. Poniendo después de acuerdo con sus palabras sus acciones, se cogió del brazo de dos mariscales para pasear por los vastos salones de Compiègne; distribuyó afectuosos saludos á la turba de entusiastas que le rodeaban; volvió dando siempre la preferencia á los mariscales; dirigió á cada uno de ellos una frase adaptada á sus acciones y á su carácter, al viejo republicano Lefebvre, que era gotoso, le habló de la gota; al desgraciado Marmont le habló de la herida que había recibido en Salamanca; los presentó todos á su sobrina, á sus primos, los convidó á comer, durante la comida brindó por el ejército con un licor inglés, y no los abandonó hasta dejarlos encantados con una mezcla de bondad y de dignidad, que nada tenía de común ni con la amabilidad del conde de Artois ni con la sequedad de Napoleón, dura, pero llena de atractivos.

Los espíritus observadores notaron con pesar en esta augusta familia costumbres extranjerías de las que ella misma no parecía apercibirse; notaron que el traje de la duquesa de Angulema era inglés como su frialdad, que el respeto inspirado por sus desventuras hacía fácilmente excusar; pero los espíritus observadores son escasos y

sobre todo en circunstancias como aquellas. La mayor parte de los asistentes quedó encantada, y preciso es confesar que el espectáculo que se presentaba á su vista era para conmovir vivamente las imaginaciones, porque en todo aquello se hallaban dos prestigios rara vez reunidos: la más venerable antigüedad y la novedad. En presencia de aquella antigua familia, los hombres antiguos se encontraban en su elemento, los modernos se creían confirmados en los puestos que habían adquirido. Si á la llegada del conde de Artois se hicieron comparaciones desventajosas para el imperio, estas comparaciones fueron mucho peores en Compiègne. Los huéspedes reunidos en aquel palacio decían que ya sabían lo que era la *majestad*, de la que hasta entonces ni aun siquiera habían tenido una idea. ¡Y sin embargo, la mayor parte de aquellos hombres habían tenido el honor de aproximarse al genio en lo que éste tenía de más grande y de más arrebatador! Confesemos, con todo, que si quisieron decir que entre la autoridad de un príncipe destinado al trono por su nacimiento, reuniendo al brillo de su origen el talento, la sabiduría, la nobleza de rostro; que entre esta autoridad pacífica, serena, no dudando jamás de sí misma, y el mando imperioso, desigual, preocupado, frecuentemente duro y brusco del genio, existía una palpable diferencia, si todo esto quisieron decir, no les faltó razón. Pero muy pocos de ellos tenían el juicio exacto para comprender estas diferencias, y era muy singular oír á Marmont, á Ney, á Kéllermann, á Oudinot, á Moncey y á Berthier no hablar más que de la *majestad* de Luis XVIII y repetir á todos los que se acercaban á ellos que no habían visto nunca nada semejante. ¡Aquello era la eterna comedia humana que los hombres no se cansan de representar por más que hayan tomado parte en ella cien veces distintas, y sobre la cual es necesario pasar rápidamente, porque aunque se les ponga y vuelva á poner este espejo ante su vista, no se conseguirá corregirlos de su idolatría hacia el poder que se levanta! Algo más serio que las recepciones oficiales debía pasar en Compiègne, y esto eran las visitas de Luis XVIII con los grandes personajes que tenían en sus manos los resortes de todo.

Ya el rey, durante su viaje demasiado lento desde Calais á Compiègne, había enviado á París á Mr. de Blacas para que se informase del conde de Artois y de los realistas más leales acerca de todo lo que le interesaba averiguar. El mismo conde de Artois corrió á echarse en los brazos de su hermano, y fué acogido más afectuosamente que de costumbre por Luis XVIII, cuya alegría ablandaba su corazón. Por otra parte, las noticias que le dió no podían menos de satisfacerle. De hora en hora los Borbones se fortalecían al paso que el senado se debilitaba, y desde el día en que este alto cuerpo transigió por consejo del duque de Otranto contentándose con una promesa vaga, la monarquía legítima no cesó de ganar terreno. Sin embargo, era imposible poner en duda el fondo de las cosas, y por más que los realistas puros profesasen horror á todo lo que llevaba el nombre de Constitución, no se podía menos de darles una. La Francia á cada cambio político había contraído tal costumbre de redactar las condiciones de su nuevo estado, que aquella vez era también preciso tomar la pluma y ofrecer al país un gobierno análogo al de Inglaterra, dos cámaras con voz y voto en los asuntos públicos, perió-

dicos libres, y la conservación de las rentas de bienes nacionales, de la Legión de Honor y de la nobleza moderna. El conde de Artois, Mr. de Montesquiou, todos los hombres que desde hacía un mes estaban al frente de la nación, no podían menos de convenir en estas bases; pero se había conseguido sostener los principios á que Luis XVIII daba más importancia. No se hallaba obligado á aceptar el texto de la Constitución senatorial, y estaba dispensado de prestar juramento, en una palabra, de todo lo que tenía la apariencia de una Constitución impuesta. El mismo podía formular esta Constitución, hacerla emanar espontáneamente de su autoridad real; y esto dejaba incólume el principio de la soberanía legítima, tal como la comprendía el realismo más puro. Además podía, en cuanto á los senadores, conservar los que más le agradasen, y completar esta comparación con una parte de la antigua nobleza; sostener el cuerpo legislativo, del que se hallaba más satisfecho que del senado, y crear con todos estos elementos un gobierno á su gusto. Por último, para poner más en relieve la diferencia que había entre esta manera verdaderamente regia de obrar y lo que el senado había exigido desde el principio, el rey entraría en París sin publicar antes la Constitución y haciendo únicamente una simple declaración general, sobre poco más ó menos como la que había prestado el conde de Artois, lo que, como se ve, le daba tiempo para meditar las bases de la nueva Constitución.

Estas ventajas adquiridas para lo sucesivo correspondían completamente á los deseos de Luis XVIII, quien á decir verdad no profesaba aversión á esa forma de gobierno, que consiste en la existencia de dos cámaras atormentando á todas horas á los ministros, y dejando al rey tranquilo, porque había visto dar buenos resultados á este orden de cosas en Inglaterra. Pero su autoridad, la que con su sangre corría por sus venas, la que había heredado de Luis XIV, de Enrique IV, de san Luis, de Hugo Capeto, estaba reconocida, y para él esto era lo más capital. Conceder lo que se llamaban garantías escritas y dejarlas redactar como se quisiera siempre que aparecieran escritas por él mismo, escuchar juramentos y no prestar ninguno, he aquí lo que convenía á su orgullo real y lo que le bastaba para estar satisfecho. Conseguido esto, dejaría que se gobernase en un sentido ó en otro, siempre que no traspasasen ciertos límites y que no le impidiesen rodearse de las personas que le agradaban. Su hermano, que cuidó de proporcionarle estos privilegios, fué bien venido, y por la primera vez, según él, no cometió ninguna torpeza. Bien enterado el rey de todo esto por las noticias que le llevaron el conde de Artois, Mr. de Blacas y Mr. de Montesquiou, pudo saber la actitud que debía tomar con cada cual, y se le vió en lo sucesivo hablando con los unos, escuchando á los otros, digno con todos, no prometiendo nada, pero dejando esperarlo todo de sus principios liberales y muy resuelto á no permitir á nadie consejos que pudieran asemejarse á condiciones.

El personaje esencial y con el que la primera entrevista del rey debía ser de gran importancia era Mr. de Talleyrand, quien conservaba todavía el principal papel en la escena política. Luis XVIII y Mr. de Talleyrand habían estudiado muy detenidamente sus respectivos papeles, porque los dos eran muy aficionados á la re-

presentación y sobresalían en este arte. Mr. de Talleyrand tenía el papel más difícil, no porque fuese desde el punto de vista del talento el menos dotado con esta cualidad de los dos interlocutores, no: su dificultad la ocasionaba su situación. Los hombres de principios están dispensados de triunfar: el triunfo es por el contrario una condición precisa para los hábiles. Hasta entonces, entre los personajes que habían rechazado todo pacto con la revolución y los que habían transigido con ella, estos últimos eran los más favorecidos, porque parecían comprender dónde estaba la fuerza de las circunstancias y haberse asociado á ella para dirigirla, mientras que los otros, ciegos y obstinados, no habían sabido más que empujar al cadalso á su rey y á sus amigos. El aspecto de las cosas había cambiado de repente, y entonces los obstinados que no habían querido prestarse á ningún arreglo, creyeron haber adivinado con exactitud, y si, como decían, se había pronunciado la última palabra de nuestra larga revolución (y generalmente se cree que la que se pronuncia cada día es la última), á ellos era debido, ellos habían sido los hábiles. Entre Luis XVIII, recién llegado del destierro, y Mr. de Talleyrand, que había servido sucesivamente á la república y al imperio, al volver sus ojos veinte años atrás á los pies de la monarquía legítima, la superioridad en la situación estaba de parte del primero. Es cierto que Mr. de Talleyrand podía vanagloriarse de haber contribuído al giro que habían tomado las cosas, pero los servicios de esta especie se olvidan muy pronto. Estos servicios, por otra parte, no eran para los realistas puros más que una confesión, una tardía reparación hecha á los verdaderos principios. Y en aquellos momentos Luis XVIII era el vencedor y Mr. de Talleyrand el vencido, por más que éste hubiera ayudado á su derrota. Con todo, en cuanto á la altivez de actitud, Mr. de Talleyrand igualaba á su regio interlocutor. Poseía además un tacto exquisito, un completo conocimiento de las circunstancias, el arte de aprovecharse de ellas con una sola palabra, el arte sobre todo de adular sin rebajarse y de no colocarse nunca en segundo término aunque estuviese en presencia de los príncipes y de los reyes. Luis XVIII y Mr. de Talleyrand podían, pues, medir sus fuerzas sin desventaja, y además se habían convenientemente preparado para una entrevista cuya importancia comprendían los dos.

Luis XVIII recibió á Mr. de Talleyrand con extrema cortesía, le dió las gracias por sus servicios como un príncipe que creía deberlo todo á su derecho, le dió á entender que los que volvían con él del destierro no habían sido después de todo los menos expertos ni los menos hábiles; pero pasó rápidamente sobre este particular para ocuparse de la situación en que se hallaban. El rey y su primer ministro se encontraban de acuerdo en el fondo de las cuestiones, puesto que lo esencial estaba convenido por una y otra parte: esto es, una Constitución escrita, que deseaba Mr. de Talleyrand, y espontaneidad en la manera de darla, que era el más vivo deseo del rey. Desde entonces no podían hablar más que para manifestar sobre cada asunto un pronto asentimiento. «Conceded las dos cámaras, como no se puede por menos, y acariciad á los militares, á los que bastará lisonjear porque ni piensan ni sabrán gobernar;» tales fueron las indicaciones que hizo Mr. de Talleyrand, á las que el rey no opuso la menor objeción. Luis XVIII, por

su parte, manifestó á Mr. de Talleyrand que un hombre como él, experimentado en el arte de tratar con las potencias y revestido todavía con el prestigio del gran imperio, prestigio que comprendía sin aceptarlo, debía ser siempre su representante en Europa. Esto era todo lo que necesitaba Mr. de Talleyrand.

El rey y el ministro se separaron, pues, después de una entrevista que la galantería del primero hizo bastante detenida, quedando Luis XVIII realmente satisfecho y Mr. de Talleyrand afectando parecerlo. Sin embargo, podía suponerse que no lo estaba completamente, porque no dijo á nadie los motivos en que fundaba su satisfacción, y guardó sobre los incidentes que habían pasado una discreción poco común en él y que probaba por lo menos la insignificancia de la entrevista. Mr. de Talleyrand se contentó con decir á todos los que le preguntaron, que el rey era un hombre de ingenio, de aquel ingenio cuya tradición se había perdido con el siglo XVIII.

Poco después se anunció otra visita todavía más importante, la del emperador de Rusia. Representando en París con sinceridad y buen éxito un papel de protección generosa, el emperador Alejandro intervenía en nuestra futura suerte con un ardor y una buena voluntad tales, que hubieran debido alcanzarle la gratitud de los franceses si no fuera siempre enfadoso deber, aunque sea la dicha, á manos extranjeras. El rey de Prusia y el emperador de Austria no tomaban á su cargo semejantes cuidados, y con tal de volver el primero á Berlín con una buena paz y crecidas indemnizaciones, y el segundo á Viena con la Italia y el Tirol, lo demás que pudiera suceder á la Francia les importaba poco. Los Borbones saldrían bien ó mal del paso: esto era de su cuenta y de la de los franceses. Con tal que éstos no volvieran á pensar en atravesar el Rhin ó los Alpes, ninguna otra cosa les exigían; y en cuanto á Napoleón, aunque hubieran deseado mejor verle en las Azores ó en Santa Elena que en la isla de Elba, no se ocupaban de él, al menos por entonces. Alejandro pensaba de otra manera. Liberal, poco dispuesto á dejarse coger la palabra por sus súbditos, pero sincero, creía más digno de su gloria dejar á los franceses libres, y más seguro dejarlos contentos. Frecuentando el trato de los hombres que deseaban sabias instituciones, y particularmente el de Mr. de Lafayette, quien á la primera esperanza que se tuvo de un gobierno libre abandonó su retiro de Lagrange, hablaba con ellos de la futura Constitución, confirmaba sus tendencias generosas, comprometía su palabra y tomaba de cierto modo á su cargo la tarea de defender las ideas y los intereses del senado, al que se complacía en estar agradecido porque á este alto cuerpo era en su concepto á quien los soberanos aliados debían la caída de Napoleón. Descontento, no del conde de Artois, pero sí de la emigración llegada á París de Inglaterra y de las provincias, Alejandro envió al conde Pozzo di Borgo á Compiègne para que hiciese oír á Luis XVIII el lenguaje de la razón. Pero aunque en extremo hábil, no pudo el conde Pozzo apoderarse de aquel rey tan pesado de cuerpo, tan ágil de ingenio, cubriéndose para evadirse de las exigencias de los hombres formales con una ligereza á un tiempo falsa y verdadera; y no le fué posible entrar con él en ninguna explicación satisfactoria. Al saber esto, se decidió el emperador Alejandro á ir en persona á Compiègne, paso atrevido, porque ni el rey

de Prusia ni el emperador de Austria habían ido á visitar á Luis XVIII; pero atrevimiento que la edad, la actividad del joven emperador justificaban, y que por otra parte no podía menos de lisonjear al rey de Francia. Alejandro quiso hacerle comprender que no solamente era preciso dar una Constitución, sino también rodearse de los hombres del imperio y de la revolución, renunciar á datar su reinado de la muerte de Luis XVII, conceder mucho á las exigencias de la época y tener mucho cuidado sobre todo con el ejército. Advertido Luis XVIII de esta visita, resolvió recibir al emperador Alejandro y desentenderse de él, como de todos los que pretendían darle consejos, con su bondad, su dignidad y las acostumbradas profesiones de fe que hacía sobre generalidades.

Apenas fué anunciado Alejandro, la multitud se apresuró á dejar solos, uno enfrente de otro, al jefe de la coalición europea y al jefe de la antigua dinastía francesa. Lisonjeados con aquella visita y aparentando gratitud, Luis XVIII abrió sus brazos al joven emperador y le recibió como un padre, al que su edad y su posición colocaban á la cabeza de los soberanos de su época.

Al mismo tiempo que le dió gracias por el apoyo que había prestado á su familia, afectó atribuir los prodigiosos sucesos á que asistían á causas providenciales y superiores, y particularmente á la influencia del gran principio de que era representante. Cuando el zar le habló del estado de la Francia demostró que nada le cogía de nuevas; le escuchó con cortesía, pero como un hombre á quien un joven príncipe nada puede enseñar; no le contestó nada, nada acordó con él, manifestó sobre cada punto que había tomado resoluciones conformes á su autoridad, que no dependía de nadie, y á su prudencia, que no necesitaba de consejos; dejó entrever algunas de estas resoluciones, pero sin precisarlas, y en una palabra, fué tan inabordable para el monarca como lo había sido para su embajador. Una circunstancia acabó de desconcertar al emperador Alejandro; tal fué la llegada á Compiègne del cuerpo legislativo que iba por medio de una diputación á complimentar al rey, mientras que el senado, representando de nuevo su papel de reserva y de silencio, se abstuvo de dar este paso. Al ver acercarse al monarca y prosternarse ante su autoridad legítima, sin que todavía hubiese prometido nada, á una corporación que pretendía ser la representante de la nación y que había adquirido alguna popularidad por su reciente resistencia contra Napoleón, la reserva del senado perdía mucha fuerza, y Alejandro debía parecer un consejero inoportuno. Este príncipe renunció, pues, á manifestar una insistencia demasiado viva, y se volvió desalentado aunque colmado de bondades, sin haber podido pronunciar más que muy pocas palabras, sin haber conseguido nada de su augusto interlocutor y no menos descontento que Mr. de Talleyrand, pero confesando su impresión con más franqueza que éste: disponiendo como disponía de doscientos mil soldados y siendo, como desgraciadamente era, dueño de la Francia, había más galantería por su parte que confusión al darse por vencido.

Después de haber empleado tres ó cuatro días en descansar en Compiègne y en adquirir las primeras nociones acerca de los hombres y de las cosas, Luis XVIII resolvió dirigirse á Saint Ouen, situado á las puertas de

París, con el propósito de detenerse allí algunos momentos antes de hacer su entrada en la capital.

Se había pactado con su hermano y con los miembros del gobierno provisional que en publicando el rey una declaración general, enunciativa de las principales garantías constitucionales, se daría por satisfecho el senado, se apresuraría á visitarle y todo quedaría arreglado. Tres semanas antes, los hombres que querían alcanzar para la Francia una libertad sólida bajo el cetro de la antigua dinastía, hubieran podido con el auxilio del emperador Alejandro poner obstáculos á la marcha de Luis XVIII hasta que concediese todo lo que se le pedía. Pero había crecido tanto el entusiasmo en tan pocos días, que ya no era posible detenerle, porque si se hubiese tratado de hacerlo hubiera parecido que se echaba mano del apoyo extranjero para contener un movimiento eminentemente nacional. Con efecto, después de haber pensado la Francia algunos instantes en la vuelta de los Borbones, no tardó en comprender que eran los únicos posibles, y una vez reconocida esta necesidad, la emoción de los unos y la baja de los otros dieron tal impulso á los ánimos, que desde la toma de la Bastilla y el regreso de Egipto del general Bonaparte no se había visto cosa semejante. El senado, que cediendo poco á poco se había debilitado, perdía terreno á cada instante en la opinión; pero con todo, si se hallaba abatido en cuanto á sus intereses, no lo estaba en cuanto á los principios de que se había hecho mantenedor. Había querido una Constitución y estaba cierto de obtenerla con las cláusulas que creía más esenciales. Lo único que no podía conseguir era que emanase de un acuerdo recíproco entre el rey y la nación, con cuya circunstancia se hubiera dado á esta Constitución una fuerza y una inviolabilidad bastantes para asegurar su duración. Desde este punto de vista, los Borbones creyendo ganar su causa la perdieron, porque hicieron prevalecer el principio del *arbitrio real*, que más tarde debía darles por todo resultado un golpe de Estado y su caída!

Se acordó, pues, atenerse á una simple declaración en general, y todos los servidores del conde de Artois se dedicaron á redactarla: Mr. de Vitrolles, que había llegado á ser su principal instrumento, é igualmente MM. de la Maisonfort y Terrier du Montciel, los que reunidos formaban un segundo consejo en el piso entresuelo de las Tullerías. El rey, cuidándose muy poco de aquel género de literatura, los dejó obrar, confiando á Mr. de Blacas la misión de revisar su trabajo. El principal objeto de estos diversos redactores fué el de saber cómo considerarían al senado, qué clase de gratitud le manifestarían, y hasta qué punto, pudiendo hacer el rey su gusto, aparentarían ceder á sus deseos. No pudiendo ponerse de acuerdo, resolvieron consultar al rey en Saint-Ouén para redactar la declaración definitivamente. Luis XVIII estaba consagrado entretanto á la alegría de volver á su capital y al placer de respirar el incienso real que no habían quemado delante de él hacía tantos años, y con el que en aquellos momentos le embriagaban hasta no poder más. Salió de Compiègne y llegó á Saint-Ouén el 1.º de mayo. En este último punto la turba de entusiastas se aumentó de nuevo y llenó con su presencia las regias habitaciones. El senado no se había presentado todavía á Luis XVIII, y era preciso hacer cesar aquella falta de comunicación entre el rey y el cuerpo

constituyente que había llamado á los Borbones, que había nombrado lugarteniente general al conde de Artois, y al que, aun detestándole y despreciándole, nadie se hubiera atrevido á disolver ó anular, porque estaba apoyado por los funcionarios, por el ejército y por los soberanos aliados. Pero á decir verdad, estando ya casi convenida la transacción, es decir, habiendo convenido el rey en que daría una Constitución, en que esta Constitución emanaría de la autoridad real y en que los senadores compondrían en gran parte la alta cámara, el senado no tenía motivo para abstenerse por más tiempo de visitar á Luis XVIII. Consintió, pues, en visitarle, y Mr. de Talleyrand fué encargado de presentarle al rey en Saint-Ouén, como lo había sido de presentarle al conde de Artois en las Tullerías. El discurso de Mr. de Talleyrand, cuidadosamente redactado, es el resumen de las ideas que se hallaban más en boga. No era el senado, decía, sino la nación entera, la que ilustrada por la experiencia y volviéndose hacia el rey, le llamaba á ocupar el trono de sus padres. El senado, participando de los sentimientos de la nación, se apresuraba con ella á saludar al monarca. Éste, por su parte, inspirado por su sabiduría, iba á dotarla con instituciones de acuerdo con los adelantos de la época. Una carta constitucional iba á reunir todos los intereses á los del trono y á fortalecer la voluntad real con el concurso de todas las voluntades, porque el rey sabía mejor que nadie que estas instituciones, puestas en práctica dichosamente hacía mucho tiempo en una nación vecina, ofrecían apoyo en vez de obstáculos á los monarcas amigos de las leyes y padres de sus pueblos..., etc.

El rey contestó á este discurso con mucha galantería, manifestando un pleno asentimiento con las ideas emitidas por el presidente del senado; y ¡cosa singular! el cuerpo legislativo, cuya conducta en esta circunstancia, dictada por una pueril envidia, fué poco honrosa y bastante perjudicial, el cuerpo legislativo, decimos, en vista de esto, quiso presentarse de nuevo al rey, á pesar de haberle manifestado sus respetos en Compiègne. Repitió las vulgaridades que corrían de boca en boca, y después de él, comenzaron á desfilir y á pronunciar arengas ante Luis XVIII las principales corporaciones del Estado. El día 2 fué destinado á las recepciones y no se pudo tratar de los asuntos importantes. Al terminarse, todavía no estaba redactada la declaración, que debía preceder á la entrada del rey en París, que era la condición de su entrada; ó mejor dicho, lo estaba demasiado, porque había cinco ó seis proyectos, uno de Mr. de Vitrolles, otro de Mr. de la Maisonfort y además otros varios. Pero el rey, fatigado y cuidándose apenas de los términos en que debían hacerle expresar las ideas convenidas hacía ya muchos días, encargó á Mr. de Blacas inspeccionar la redacción definitiva del documento que se iba á publicar al día siguiente. Mr. de Blacas reunió á los diversos redactores, pasó con ellos una parte de la noche del 2 al 3, recibió algunos consejeros que le llevaban alguna frase ó alguna idea, tuvo cuidado en dirigirlos á casi todos, y después que logró atenuar las expresiones que manifestaban demasiada gratitud ó dependencia con respecto al senado, adoptó el proyecto de la declaración. Mr. de Vitrolles, que fué el principal redactor, una vez concluido su trabajo preguntó si debía someterse á la sanción del rey; pero Mr. de Blacas le

respondió que no había necesidad de turbar un reposo del que el monarca tenía tanta precisión en la víspera de un día tan ocupado como el que se preparaba, y el texto de esta famosa declaración de Saint-Ouén fué fechado el 2 de mayo, llevado á la imprenta real, y al día siguiente se repartieron numerosos ejemplares de él.

He aquí el preámbulo de la declaración:

«Llamados por el amor de nuestro pueblo al trono de nuestros padres, ilustrados con las desgracias de la nación que estamos destinados á gobernar, nuestro primer pensamiento es el de invocar esa confianza mutua tan necesaria á nuestra tranquilidad como á su dicha.

»Después de haber leído detenidamente el proyecto de Constitución, propuesta por el senado en su sesión del 6 de abril último, hemos reconocido que sus bases son buenas; pero un crecido número de sus artículos demuestran la precipitación con que han sido redactados, y no pueden llegar á ser, en su actual forma, leyes fundamentales del Estado.

»Resueltos como estamos á adoptar una Constitución liberal, queriendo que esté sabiamente combinada y no pudiendo aceptar una que necesita indispensablemente ser rectificada, convocamos para el 10 del mes de junio del presente año al senado y al cuerpo legislativo, comprometiéndonos á presentarles el proyecto que habremos redactado con una comisión escogida en el seno de ambas corporaciones, y á dar por base á esta Constitución las garantías siguientes...»

Después de este preámbulo, seguía la enunciación de las garantías que no admitirían variación; dos cámaras con voto en todos los asuntos del Estado, ministros responsables obligados á comparecer ante ellas, libertad individual, libertad de imprenta, libertad de cultos, votación de los impuestos, admisión de todos los franceses para desempeñar los empleos civiles y militares, inamovilidad de los jueces, y conservación de las ventas de bienes nacionales, de la Legión de Honor, etc...

Aparte de la cuestión fundamental de su origen, que en vez de un contrato hacía de la futura carta una concesión, la obligación contraída de darla tal como se quería era formal y además estaba contraída con el senado, lo que consagraba la importancia y la autoridad de este alto cuerpo y aseguraba la adopción de las resoluciones más deseadas, excepto una sola, lo repetimos, que la dinastía hubiera debido rechazar menos que ningún otro, porque hubiera sido muy ventajoso para ella haberse obligado de una manera que no pudiese volverla á colocar en su primitiva situación.

Hecha esta declaración, Luis XVIII se apresuró á entrar en París el 3 de mayo, y salió de Saint-Ouén á las once de la mañana, en medio de una multitud inmensa que acudió á saludarle. Iba en una carretela tirada por ocho caballos y llevaba á su lado á la duquesa de Angulema, delante á los dos príncipes de Condé, al estribo derecho al conde de Artois, al izquierdo al duque de Berry, uno y otro á caballo, detrás del carruaje á los mariscales, y después de éstos la caballería de la guardia nacional mandada por el conde Carlos de Damas. En presencia de este gran espectáculo, todas las miradas se dirigían hacia la guardia imperial de á pie, de la cual algunas compañías habían dado la guardia al rey en Compiègne, le habían seguido á Saint-Ouén y le escoltaban todavía al entrar en París. El público miraba con

extremada curiosidad á aquellos atezados rostros curtidos por veinticinco años de guerra asistiendo respetuosamente á una ceremonia contraria á todos sus sentimientos, ni alegres ni solícitos como sus mariscales, pero arrogantes y al mismo tiempo sumisos á la voluntad de la Francia, que tomaba otra senda en aquellos momentos para llegar á su destino. En medio de los gritos ardientes y unánimes de *¡Viva el rey!*, se oyeron frecuentemente gritos de *¡Viva la guardia!*; gritos expresivos que demostraban la simpatía del pueblo hacia aquellos nobles restos de nuestras guerras heroicas. Por otra parte, hasta los mismos realistas imparciales tenían en consideración su actitud á la vez arrogante y resignada (1).

El recibimiento que se hizo á Luis XVIII fué de los más entusiastas. La profunda emoción de los recuerdos que los Borbones tenían el don de excitar, fué más grande quizás al ver al conde de Artois porque entonces se experimentó por la primera vez; la reflexión dió á todos los ánimos el convencimiento de que no podía hacerse nada mejor que llamar á los Borbones y de que con ellos solamente podría alcanzarse la paz y un gobierno moderado. Este dictamen fué el de las clases medias, jueces rectos y desinteresados en las cuestiones gubernamentales. Tenían muy buen concepto del rey, á quien la conducta reservada que había observado durante su emigración había valido una reputación de sabiduría; estaban muy bien dispuestas en su favor, y teniendo sobre el pueblo, imitador por instinto, una gran influencia, hicieron aplaudir calurosamente á Luis XVIII y aplaudieron ellas mismas. El noble rostro del monarca, animado por el contento y siendo lo único que de él se veía en aquel coche donde su cuerpo estaba oculto, gustó á cuantos le pudieron aperebir. Como en aquella época todos anhelaban la paz, no se echó de menos en el príncipe llamado á reinar la facultad de montar á caballo, y la imaginación del público se acostumbró á ver en él el cuadro tantas veces reproducido por entonces de un padre anciano que caminaba en medio de sus hijos. La duquesa de Angulema, cuyo rostro ordinariamente severo se cubrió muchas veces de lágrimas en aquel día, y los príncipes de Condé, cuyas desgracias tenían todos presentes, excitaron el mayor interés. Las aclamaciones más respetuosas acompañaron hasta Nuestra Señora á aquel carruaje, que contenía á casi toda la familia de Borbón. Después de la ceremonia religiosa, se dirigió la comitiva por el Puente Nuevo, donde se había levantado una estatua de yeso de Enrique IV, hacia las Tullerías, y allí todos los circunstantes se precipitaron cerca del carruaje para sostener á la duquesa de Angulema, quien á la vista de aquel palacio del que su padre y su madre habían salido para ir al Temple y desde el Temple al cadalso, cayó desfallecida. Ante este triste cuadro la conmoción fué universal. De vuelta de este modo al palacio de sus mayores, aquella augusta familia pudo creerse definitivamente establecida en él. Para que fuese así, no faltaba más que una cosa, que al volver á entrar

(1) Diversos escritores, y particularmente Mr. de Chateaubriand, quien por lo general se cuida poco de la verdad, han pintado con colores muy exagerados la actitud de la guardia. Según los testigos más verídicos, su actitud fué exactamente la que hemos procurado bosquejar con nuestras palabras, es decir, indiferente y sumisa. (N. del A.)